

Encuentro ineludible con el maestro

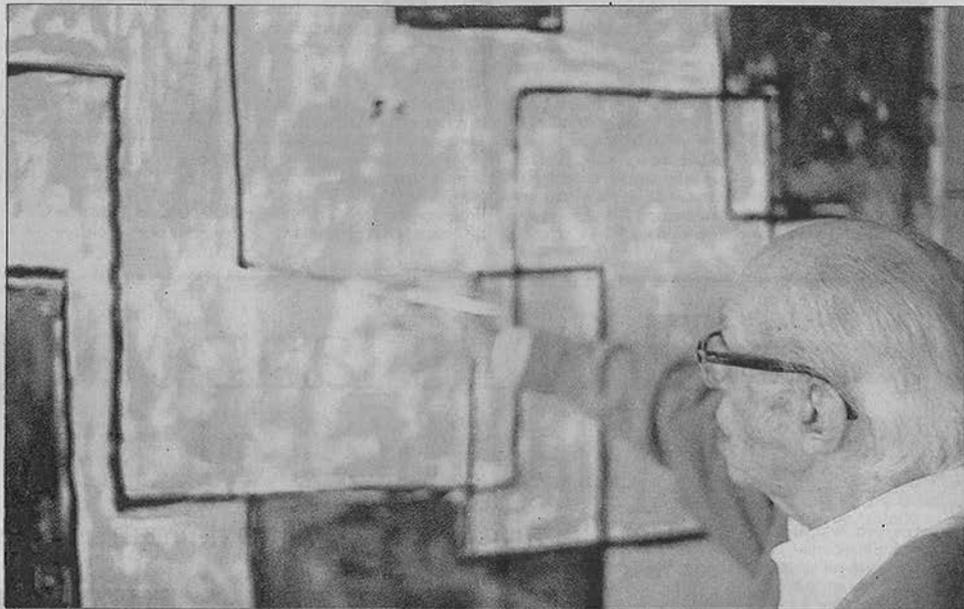
Exposición. Las obras de Francisco Matto pueden volver a verse en la Ciudad Vieja

■ JORGE ABBONDANZA

Francisco Matto Vilaró no sólo fue uno de los grandes artistas plásticos que tuvo el Uruguay en la segunda mitad del siglo XX. Es asimismo uno de los menos consagrados por la posteridad.

Ciertos maestros de primer orden como Matto (y también Barcala o Ventayol), siguen siendo objetos de culto para un limitado circuito de admiradores, sin trascender a una ancha notoriedad o a la gloria que merecen. Se trató en vida de seres cordiales pero bastante solitarios y sumamente discretos, incapaces de intervenir en la construcción de una imagen que respaldara su fama, como ocurre con otros creadores que han sido a la vez elaboradores muy conscientes de su aureola personal, desde Picasso hasta Fernando Botero por ejemplo.

Ahora, una larga serie de pinturas, esculturas y dibujos de Francisco Matto se expone en la Galería Oscar Prato, sitio por el cual no conviene pasar de largo. La visita a ese despliegue debería ser un compromiso más o menos obligatorio para cualquier montevideano sensibilizado en el arte visual, no ya por el interés superlativo de los trabajos que se exhiben sino también porque esas salas componen uno de los espacios más atrayentes entre los que ha tenido hasta el presente esta ciudad en su itinerario de galerías. No es casual que ese recinto se haya inaugurado hace cuatro años con otra muestra de Matto, porque el hecho confirma la dedicación de la casa a una producción de la vertiente torregarciana que se manifestó en exposiciones de otros maestros de esa escuela y ahora culmina en esta nueva selección del universo de Matto.



En acción. Francisco Matto pintando en su taller en 1994, en gesto que fuera captado por el fotógrafo Gustavo Serra.

El soberano despojamiento de las esculturas planas recordadas en madera, es uno de los picos de la trayectoria del artista, que en esa línea trabajó sobre diseños de simplicidad sin mella, sobre los cuales se limitaba a extender un manto de color uniforme. Ese sector de su obra figura en la muestra de la Galería Prato, pero como índice del descuido con que este país trata el legado de sus creadores, cabe agregar que otra de las obras en madera de Matto fue implantada hace una década en el Parque de Esculturas contiguo al Edificio Libertad, aunque actualmente esa pieza se encuentra en penosas condiciones de mante-



Pinturas: Los óleos son la parte central de la muestra, marcando la evolución del artista.

nimiento que demandarían una urgente restauración.

La producción pictórica de Matto integra empero el sector medular de la exposición, y es interesante observar cómo con el paso de los años de madurez de su vida, el sello de su trabajo fue depurándose y embelleciéndose cada vez más, a medida que se liberaba un poco de la obediencia torregarciana y derivaba hacia propuestas donde la figura humana se reduce a un trazado de deliciosa sencillez, como si su instinto lo llevara a caminar hacia esa resolución elemental bajo el baño de un cromatismo y la sultura de un delineado igualmente encantadores. En esas

obras de los años 90, que marcaron asimismo el fin de la vida de Matto, reside la consumación de su largo recorrido pictórico y el núcleo más absorbente de la actual muestra.

Pero Matto no fue solamente un artista en los terrenos que una arcaica clasificación suele denominar artes mayores. Fue también un diseñador con delicadezas de orfebre, prueba de lo cual ha quedado en la moneda para la FAO, de 1969, que es el ejemplo más hermoso de la historia numismática de este país y un objeto (de plata) que demuestra el refinamiento del artista para resolver su juego de signos en la menuda superficie de ese cir-

culo metálico. Al margen de tales virtuosismo, Matto era además un formidable coleccionista capaz de reunir a lo largo de buena parte de su vida un patrimonio de objetos precolombinos como no ha habido otro en el país, que durante varios años pudo verse en el museo particular que Matto habilitó sobre la calle mateo Vida, en un pabellón situado a los fondos de lo que había sido la gran quinta familiar de la avenida 8 de Octubre donde nació y en la cual vivió hasta ser un cincuentón. Como síntomas de la displencia uruguaya en materia patrimonial y artística, la casa principal de esa quinta (adquirida por una empresa) fue demolida y la colección precolombina —donada a la Intendencia Municipal— no ha vuelto a ser exhibida hasta el momento. Los uruguayos que no pudieron verla hace cuatro décadas, no saben lo que se pierden mientras ese acervo sigue fuera del alcance del público por motivos que se ignoran. Junto con todas esas dedicaciones, Matto fue asimismo un ecologista fervoroso mucho antes que la ecología asumiera el protagonismo de hoy. Este cronista recuerda la alarma del pintor (y la elocuencia de su discurso) cuando se procedió a desecar los humedales de Rocha, ante el desastre que ello suponía para las aves migratorias que hacían escala en la zona para reproducirse. Todas las inquietudes de Matto fueron reflejos de su notable sensibilidad, y en estos días la exposición de la Galería Prato es una oportunidad ineludible para reencontrarse con el magnetismo de sus obras.

El misterio de la forma.
Dónde. Galería Prato (Paraná 732). Lun. a vier. de 15 a 19.